

EN TORNO A LA TEORÍA DE LA HISTORIA

Jorge Basadre

Es la nuestra, en todo el mundo, una generación que ha llegado a ver cómo ha sido descubierto el secreto del átomo y cómo ha empezado a ser sondeado el silencio de los aspectos estelares. Más que ninguna de las generaciones anteriores, podemos preguntarnos si debemos entregar a las minucias de la erudición sobre cosas y seres muertos el tiempo precioso de las gentes jóvenes. No faltan en nuestra época, por otra parte, voces egregias o vulgares, que acusan a la Historia de que carece de solidez como ciencia y de provecho para la vida. Uno de los más grandes escritores del siglo XX, Paul Valéry, dijo de ella, es una frase asaz repetida, que es el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto, pues hace soñar, embriaga a los pueblos, les sugiere falsos recuerdos, los atormenta en su reposo, los lleva al delirio de grandeza y vuelve a las naciones insoportables y vanas.¹

Y, sin embargo, a pesar de esta y otras críticas, allí está la Historia, viviendo tal como lo ha vivido siempre que fue auténtica, ciencia por su apego a la verdad posible, arte por el aura de belleza que acompaña a toda evocación y afirmación de la vida. Fábrica aérea, impalpable, sutil, hecha con ideas y sentimientos, aunque, en cierto sentido, comparable a la arquitectura, pues necesita basarse, para poder perdurar, en principios técnicos en cuanto a los materiales que la elaboran y necesita, además inspirarse en principios estéticos en cuanto a la construcción misma.

Por más rica que sea nuestra época en nuevos aparatos, instrumentos y apetencias, al fin y al cabo, la humanidad se compone más de muertos que de vivos. Nuestra época, tan antitradicional, está inserta en una cultura esencialmente

¹ Paul Valéry, *Regards sur le monde actuel* (París: Stock, 1951), 27, 63.

historicista. Los libros sagrados del cristianismo son, a su manera, libros históricos. La tradición greco-latina ha creado la historiografía clásica. Nuestras artes, nuestra literatura, nuestra vida misma llenos están de los ecos del pasado. Pero hay algo más: en el siglo XX, la historia es una preocupación vital, como lo fueron la ciencia en el siglo XIX, la filosofía en el siglo XVIII, la teología en siglos anteriores. Con la Historia tropiezan en nuestros días literatos, filósofos, sociólogos, políticos. Esta característica tiene sus raíces en Hegel, en el marxismo y en el positivismo, pero alcanza mayor plenitud a partir de Dilthey, como lo prueba el debate sobre ideas tales como el tiempo y el ser según Heidegger, la sociología del saber de Max Scheler, la sociología del conocimiento de Karl Mannheim.

Esto es el terreno filosófico. En el campo de la Historia misma, tanto el público selecto como el vulgar de todos los países lee hoy más que nunca libros sobre el pasado. Y ello no es una paradoja, mientras aumentan los aparatos y los instrumentos que tienden a conducir a la regimentación y a la artificialización de la vida y a secar muchas de sus raíces tradicionales y mientras en el Viejo como en el Nuevo Mundo comienza a perderse el sentido de continuidad y de seguridad que permitía antaño el estudio y la lectura sosegados, pues los cambios y los peligros que ante todos nosotros se van acumulando, amenazan con no conocer limitaciones. Pero todo ello contribuye acaso a que el hombre se interese precisamente ahora más acerca de sí mismo, sobre lo que ha sido, lo que ha hecho, lo que ha pasado, cómo ha llegado a ser lo que es; y la transformación revolucionaria ocurrida en las ciencias, inclusive aquellas que parecían más estables, la Física y la Matemática, contribuye, por su parte, a restaurar al hombre en su papel histórico fundamental en la vida, en el saber y en la cultura, que es un papel dinámico y central.²

El pasado dejó, de un modo u otro, sus huellas o trazos. Esos testimonios (que son los papeles de los archivos y también muchas otras cosas más) allí están dispersos y tal vez son contradictorios. Toda fuente de información que permita conocer al historiador alguna cosa sobre el espíritu del pasado es un documento,

² Es una bibliografía de obras recientes sobre los aspectos teóricos de la Historia, la que se menciona a continuación: Philippe Ariès, *Le temps de l'Histoire* (Mónaco, 1954); Raymond Aron, *Introduction a la philosophie de l'Histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, 15° ed. (Paris 1957); Edward Hallet Carr, *What is History* (Nueva York, 1962); E. Dardel, *La Histoire science du concret* (Paris, 1946); H. Gomperz, *Interpretation; Logical Analysis of a Method of Historical Research* (La Haya, 1959); L. E. Halkin, *Initiation a la critique historique* (Paris, 1951); J. Hours, *Valueur de l'Histoire* (Paris, 1954); P. Kirn, *Einführung in die Geschichtswissenschaft* (Berlin, 1952); G. J. Renier, *History, Its Purpose and Method* (Londres, 1950); P. Ricoeu, *Histoire et verité* (Paris, 1955); Page Smith, *The Historian and History* (Nueva York, 1964).

todo lo que pueda ser interpretado como un índice revelador de cualquier aspecto de la presencia, la actividad, los sentimientos, o la mentalidad de los hombres de ayer.³ Llega el historiador y trata de encontrar los testimonios más numerosos, más reveladores, más pertinentes, más seguros y procurar revivirlos, animarlos, interpretarlos. La grandeza y la servidumbre de la Historia consiste en que el historiador crea su propio objeto. Los hechos o los procesos históricos son, en buena parte, construcciones (o mejor dicho reconstrucciones) de la Historia misma. No hay verdadera Historia sin hipótesis de trabajo, en un cálculo de probabilidades retrospectivo, del mismo modo como no hay Historia sino en y por la historicidad del historiador.⁴

La Historia se presenta con los mismos títulos a la credibilidad que todo el resto de la experiencia humana ante el mundo. Es la resultante del esfuerzo en sentido creado por el cual el historiador, el sujeto que conoce, establece un vínculo con el pasado que él evoca y el presente que es el suyo. Es el pasado en tanto y en cuanto él lo percibe, según las razones válidas que se sustentan en el trabajo que ha cumplido. Es un combate del espíritu, una empresa que sólo conquista éxitos parciales, todos ellos relativos, sin proporción con las ambiciones iniciales porque, por importante o fecunda que sea la contribución obtenida, el hombre sincero sale con un sentimiento agudo de sus límites, su debilidad, su humildad. Ni el objetivismo puro ni el subjetivismo radical, ni el dogmatismo ciego ni el escepticismo desesperanzado puede dar una explicación satisfactoria de la tarea del historiador, que consiste primordialmente en una aprehensión del tema por él tratado mediante la compulsión de datos y el empleo de la intuición y de la comprensión, a la vez que en una aventura espiritual. El sujeto que conoce debe

³ Langlois y Seignobos afirmaron en su difundido manual sobre el método de los estudios históricos que publicaron a fines del siglo pasado: “La Historia se hace con los documentos”. Frente a esta fórmula asaz repetida surgieron unas palabras de Lucien Febvre que se han hecho famosas: “La Historia se hace con los documentos escritos, sin duda. Cuando ellos existen. Mas ella puede hacerse, ella se debe hacer con todo lo que el ingenio del historiador le puede permitir utilizar”. Ver *Combats pour l'Histoire* (París: Armand Colin, 1953), 428. Este libro es esencial para conocer los fundamentos de la nueva historiografía francesa. Y el inglés R. G. Collingwood en su libro *Idea de la Historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1952), 321, afirma: “Cualquier cosa que le permita a uno contestar a su pregunta es prueba histórica”. Sobre el verdadero alcance de estas afirmaciones y su sentido limitado, ver E. I. Marrou “Coment comprendre le métier d’historien”, en *L’Histoire et ses méthodes* (París: Librairie Gallimard Encyclopédie de la Pléiade, 1961), 1511-1513.

⁴ Sobre el punto de vista de que la historia es inseparable del historiador, como reacción contra el objetivismo positivista, ver H. I. Marrou, *De la connaissance historique* (París: Editions du Seuil, 1954), 51-67. Hay de este excelente libro una cuarta edición fechada en 1960. Sobre la conciencia histórica en la literatura francesa del siglo XX, ver Pierre Henri Simon, *L’esprit et l’histoire* (París, Armand Colin, 1954).

buscar, ante todo, convencerse a sí mismo de la verdad invívita en su aprehensión del pasado, en una entrega centrífuga, alejarse en lo posible de todas las formas de representación puramente imaginaria y transmitir ese mensaje con lealtad a sus lectores u oyentes. Por eso, como ocurre con la obra pictórica que crea retratos, la obra histórica exhibe, con mayor o menor fidelidad, a su modelo, así como también la personalidad de quien la trazara; es conocimiento del hombre por el hombre, aprehensión de la vida en sus múltiples formas, dentro de los límites de lo relativo y de lo contingente.

Aprendamos de la vida en sus múltiples formas. Hasta bien avanzado el siglo XIX predominó la Historia política, diplomática y militar. Quiso ella rastrear la evolución de los Estados y de sus gobiernos, las vicisitudes de su política interior y exterior que era estudiada de preferencia “al nivel más elevado”. Pero el desenvolvimiento progresivo de la “historia de la civilización” o “historia de la cultura” condujo a perspectivas mucho más variadas y más ricas. Aparte de los acontecimientos, se buscó entonces las estructuras ocultas y yacentes debajo del oleaje fácilmente visible de las acciones, los gestos y las palabras. Mucho influyó en este viraje que otorgó singular importancia a los fenómenos económicos y sociales, el marxismo. Pero también hubo considerable desarrollo de las ciencias humanas, entre ellas la economía política, la sociología en sus distintos campos, la psicología social y personal, la antropología y otras disciplinas que contribuyeron a dar una imagen del hombre mucho más compleja que aquella recibida por los historiadores antiguos de la experiencia vulgar. Así han tomado impulso la historia el derecho, de las instituciones, de la economía, de los regímenes agrarios, de las estructuras sociales, de las palabras, de las ideas, de los sentimientos, de las costumbres, de la vida cotidiana de las ciencias, de la técnica, de la literatura, de las artes, de la alimentación. No hay sector de la actividad humana que no pueda convertirse en tema para el historiador de hoy.

Generalmente se suele tener un sentido unidimensional del tiempo. Pero Fernand Braudel, en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, obra fundamental en la historiografía del siglo XX, ha hecho no sólo la Historia de los acontecimientos sino dos enfocamientos más. Uno, de la Historia de ritmo lento, Historia estructural, de grupos y agrupaciones, economías y Estados, sociedades y civilizaciones. Y, además, la Historia casi inmóvil, la del hombre en sus relaciones con el mundo que lo rodea, Historia lenta en fluir y transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incesantemente reiniciados; Historia casi situada fuera del acontecer, en contacto con las cosas inanimadas. Así aparecen superpuestos el tiempo in-

dividual, el tiempo social y el tiempo geográfico. “Si la nueva Historia debe ser, como creo, una reconstrucción del pasado captado en toda su amplitud y en toda su complejidad (ha escrito el mismo Braudel) tendrá que incorporar en su cuadros y explicaciones la obra entera, tan rica, de las ciencias sociales, sus vecinas”.⁵

En los últimos tiempos se abre lentamente paso, entre ambiciosos y prematuros esquemas y violentas negaciones, la necesidad de una Historia con perspectivas y espíritu más amplios que los de carácter nacional y más en consonancia con las características del mundo en que vivimos hoy, una Historia con sentido y espíritu universal y general, una Historia como para este tiempo del cine y del avión. A partir de la intentona de Spengler se han sucedido en una especie de “meta-historia” el esfuerzo tan ampliamente conocido de Arnold Toynbee y los menos divulgados de Eric Voegelin, Egon Friedell, Alexander Rüstow, Eugen Rosentock-Huessy y otros y, dentro de un campo más propiamente histórico, la obra de Jacques Pirenne y la que ha empezado a editar Unesco.⁶

¿Para qué sirve la Historia? Sirve en primer lugar, para el goce y la hazaña del saber. Hay un encanto en la curiosidad, en el escozor que induce a quien quiere conocer, en el deseo goloso que alguien ha llamado la voluptuosidad de aprender las cosas singulares, en el enriquecimiento del universo interior al revivir la experiencia humana, al dilatar dentro de proporciones prácticamente ilimitadas el conocimiento del hombre, de su realidad multiforme, de sus virtualidades innumerables. La Historia tiene así una eterna seducción que le es propia. Por ella ningún siglo nos está vedado, la pujanza de nuestra mente puede romper los límites de la debilidad del individuo solo. Pero ese saber que es revivir, evocar, comprender, juzgar o interpretar, no es fácil y no puede ser obtenido sino después de duro esfuerzo, severa técnica, metódica labor. “No conozco (ha escrito George Macaulay Trevelyan) triunfo más grande del intelecto humano que la reconstrucción cierta de etapas pasadas de la vida en sociedad por largo tiempo olvidadas o no bien comprendidas y que son recuperadas después por el esfuerzo paciente de los arqueólogos, anticuarios o historiadores. Descubrir en detalle—agrega—lo

⁵ Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, vol. I (México: Fondo de Cultura Económica, 1953), XVII-XIX.

⁶ Sobre la necesidad de un nuevo planteamiento histórico de acuerdo con nuestro tiempo, ver el ensayo titulado “El historiador en un mundo en transformación”, en el libro de Geoffrey Barraclough, *La Historia desde el mundo actual* (Madrid: Revista de Occidente, 1959), 11-46. Para una reciente valoración de Toynbee a la luz de las críticas por él formuladas con una excelente bibliografía que incluye una serie de otras obras sobre el proceso de las civilizaciones, ver Rushton Coulborn, “Toynbee’s Reconsiderations: A Commentary”, en *Cahiers d’histoire Mondiale*, vol. VIII (Neuchatel, 1964), 1-53.

que fue la vida del hombre hace mil o cien años, es milagro tan grande como hacer que los barcos naveguen bajo el agua o surquen el espacio”.⁷

Rigor en el manejo de las fuentes, tan imprescindible como lo son los principios asépticos antes de las operaciones quirúrgicas, cosa que no es innata sino que necesita ser aprendida, serenidad para tratar de dar a cada uno lo suyo, arte en narración o en la interpretación: he aquí la difícil síntesis para una obra histórica auténtica.

Pero ella ¿para qué nace? A un erudito podría bastarle únicamente la morosidad de su tarea. Gracias a ella podrá descubrir, reunir, ordenar, aclarar, seleccionar, publicar y comentar fuentes; podrá ir a la crítica externa de ellas en cuanto a la forma cómo ha llegado hasta nosotros o entrará en la crítica interna, o sea en la apreciación de su sinceridad y de su exactitud, es decir de su voluntad de decir toda la verdad o de su aptitud para no incurrir en el error, en relación con diferentes problemas que presentan. El mismo u otro, más ambicioso, podrá ir un paso más allá todavía, redactando una obra propia basada en las fuentes así desenterradas y depuradas. Esto es el terreno profesional, o especializado, o del oficio. Pero ello no implicará una obligación o una necesidad, o un atractivo para que la gente de la calle, el público en general, conozca esas obras eruditas, fruto de la paciencia y del orden. La historiografía interesa a todos los ciudadanos y futuros ciudadanos sin excepción y no sólo a la gente del oficio (profesionales o aficionados o curiosos) únicamente cuando presenta lo que Droysen llamara la *Frage*, o sea la pregunta historiográfica, concepto que él definía diciendo que consistía en un *jorschend zu verstehen*, un indagar para comprender.⁸

¿Comprender qué? Una respuesta fácil a tal pregunta es decir: el pasado. Pero ¿es verdad que el pasado nos interesa como hecho desnudo, absoluto, compuesto por cosas que sólo tiene como carácter común haber existido antes y ya no ser contemporáneas nuestras? El médico no estudia el cadáver porque es un cadáver. Lo estudia por aquello que hay en él y que sirve para conocer la vida. Del

⁷ George Macaulay Trevelyan, *An Autobiography and other Essays* (Londres: Longmans Green, 1949), 57. Notable es otro libro del mismo historiador que reivindica los aspectos literarios del género por él cultivado y que la Historia científica de fines del pasado siglo y comienzos del actual descuidara: *Clio, a Muse and Other Essays, Literary and Pedestrian* (Londres: Longmans Green, 1913).

⁸ J. G. Droysen, *Historik Vorlesungen über Enzyklopädie und Methodologie der Geschichte* (Munich-Leipzig: Hubner, 1937), 34. La primera edición fue de 1858. Para una discusión sobre el verdadero sentido de la *Frage*, la pregunta historiográfica, ver Benedetto Croce, *La Historia como hazaña de la libertad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1942), 149-155.

mismo modo, el pasado no es una colección de cadáveres que el historiador exhuma para poder identificar y fichar a cada uno de ellos. Es el historiador el que hace nacer la Historia. La Historia es una ciencia de la vida. Y es la vida lo que ella pretende tomar como tema. Por lo que resulta muy rica y fecunda la definición que la escuela historiográfica francesa actual propugna y dice: “La Historia es una investigación de lo humano, estudia al hombre en sociedad, es una ciencia de los hombres. Mejor dicho, una ciencia de los hombres en el tiempo”.⁹ Repitamos una fórmula tan preñada de sugerencias: La Historia es un conocimiento de los hombres en el tiempo. La pregunta histórica busca, pues, el señalamiento de una inteligencia y un juicio sobre el drama humano, ese drama que empezó mucho antes de que nacióramos y que seguirá después que nos hayamos ido. Como ha dicho Boris Pasternak, el hombre no muere como un perro en una zanja, vive en la Historia. Ella es la “suma de los posibles que han sido realizados”, nos otorga la sensación reconfortante de que “pertenece” a algo, nos dice de dónde venimos, quienes somos. Ofrece muchas veces una respuesta a la cuestión de cómo se ha llegado al estado actual de las cosas, por qué razones el mundo está hecho de la manera como se encuentra ante nuestros ojos.¹⁰ La mayor parte de quienes leen los escritos históricos no se acercan a ellos como historiadores potenciales sino como ciudadanos y como hombres. El historiador, sobre todo en nuestro tiempo tan convulso, puede tener como una de sus responsabilidades primarias la relación se su tema con los grandes problemas de la vida contemporánea, de suerte que si su inmediato cometido puede conducir a su auditorio “hacia el pasado”, puede ayudar a que ese auditorio, esto es los ciudadanos y hombres de ahora y del futuro, tengan una visión más profunda y más rica del presente, aunque sea por la fuerza del contraste.

¡Saber mirar la vida! Una de las cosas que ella implica es tener la flexibilidad y la comprensión ante sus múltiples caminos, es decir ante la capacidad innovadora o creadora que cada nuevo tiempo trae consigo y dentro del respeto que se debe a lo que es intangible. Maquiavelo inició sus estudios de ciencia militar con una tentativa para buscar la imitación de los métodos usados por los romanos, con lo que dejaba de lado nada menos que el valor bélico de la artillería, cada vez más grande en su propia época y en las épocas posteriores. He aquí un símbolo aplicable a muchos casos de lo que puede ser la preocupación exclusiva y contraproducente por el pasado.¹¹ Pero la culpa no es la Historia, de la

⁹ Marc Bloch, *Apologie pour l'Histoire eu Métier d'historien* (París: Armand Colin, 1949), 4-5.

¹⁰ Barraclough, *La Historia desde el mundo actual*, 31-38.

¹¹ Herbert Butterfield, *History and Human Relations* (Nueva York: Macmillan, 1952), 180. El autor cita el caso de Maquiavelo para hacer ver el error de quienes enseñan estrategia basándose exclu-

verdadera Historia, porque ella no se estabiliza nunca y porque más bien enseña que en cada generación el acontecer fluye y se escapa de los cercos que pretenden crearle la inercia y emplea sus propios recursos materiales o sus ideas mismas en relación con las condiciones en que se vive, ya que en su propio seno pueden albergarse siempre capacidad creadora, semillas y frutos propios, desarrollos de su vida innumerable.

El hombre, a la vez, es libre y está sujeto. Libre porque tiene que seguir adelante; anticuadas vivencias a cada paso sucumben o se marchitan; el hombre debe y puede hacer uso de su voluntad y elegir. Pero sujeto porque nunca puede emplear su albedrío en forma indiscriminada ni escoger sólo de acuerdo con su capricho o su fantasía. Nos libertamos incesantemente y nos debemos libertar muchas veces del pasado; pero éste es, sobre nosotros, una fuerza condicionante.

Por eso, la Historia, aunque nos suministra un sentido de comprensión para la cultura, el país, la localidad o el mundo de los que formamos parte, y aunque nos puede infundir un concepto de continuidad que es fundamental para nosotros mismos y, aunque a la vez puede hacernos atender mejor el presente, no nos ofrece, en cambio, una segura clave para profetizar en detalle el futuro; porque así como hay problemas que las generaciones anteriores no llegaron a resolver y que gravitan sobre la muestra, también hay problemas que surgen o maduran en nuestra propia época.

La primera virtud del historiador es el espíritu crítico. Desde cierto punto de vista, Historia científica es Historia crítica. Toda ciencia busca la verdad y la historia del pasado tal como existió; el historiador ha de escudriñar en sus fuentes el error, la mentira, la deformación peyorativa o laudatoria, las lagunas voluntarias o no. Y ha de cuidarse no sólo de quienes lo informan sino también de sí mismo. No debe ser ni un panfletario ni un panegirista, al servicio de sus pasiones, sus prejuicios, sus doctrinas o sus intereses. Ha de esforzarse no tanto en ser imparcial (esta palabra implica una indiferencia total e imposible ante los valores puestos en juego) pero sí de dialogar con el pasado en un tono sereno para que la voz débil de este no sea acallada por el tumulto subjetivo.

Desarrollando un contrapeso, el espíritu crítico se vuelve destemplanza, encono, insensibilidad. El historiador ha de encontrar, percibir, entender las realidades humanas del pasado, por encima de todas las alabanzas y también de todas

sivamente en los datos de la Historia; pero esta referencia sirve como un ejemplo sobre los espejismos a que pueda conducir la mirada concentrada en el ayer.

las negaciones, de todas las iras destructoras. Entre “juzgar” y “comprender”, Lucien Febvre ha señalado su preferencia por esto último en la tarea del historiador y ha hablado con ironía de “los jueces suplentes del valle de Josafat”, para insistir en que hay que recompensar la mentalidad de los hombres del ayer, meterse en su cabeza, en su piel en su cerebro para comprender lo que fueron, lo que quisieron, lo que hicieron.¹² Espíritu crítico y don de simpatía han de ser, pues no sólo antagónicos sino complementarios, convergentes en el historiador. Sobre todo, ha de primar en él la integridad de su conciencia, la autenticidad de su vocación, la fidelidad con que obedece a ella, la sinceridad esencial para no decir nada que, a solas consigo mismo, no crea cierto. Al fin y al cabo el lector hace un acto de fe en el historiador y éste un acto de fe en sus fuentes y en su aptitud para interpretarlas.

Por lo demás, el trabajo del historiador requiere un caudal considerable de datos, cuanto más nutrido, mejor. Pero no puede aspirar a la cualidad sobrehumana de agotar las informaciones y abarcar íntegras las informaciones y abarcar íntegras las perspectivas. Por fuerza, la obra historiográfica tiene que ser limitada y superable, sujeta al error y a la omisión. “La ciencia histórica (ha escrito un gran historiador inglés contemporáneo, Sir Maurice Powicke y sus palabras deberían ser memorables) como toda ciencia, no es una final. Jamás será posible que una persona pueda reunir todos sus materiales, porque ellos no pueden estar, íntegramente, al alcance de sus manos y se sus ojos. No todos los problemas pueden ser solucionados porque, al serlo, se revelan nuevos aspectos. El historiador abre el camino; no lo cierra”.¹³ No sólo el saber va avanzando; también suele aparecer la necesidad de nuevos enfoques. Cada época necesita crear su propia historiografía.

Ante las angustias, las preocupaciones, las incertidumbres, las perplejidades del mundo, quizá la Historia puede señalarnos el fin de los optimismos ingenuos y de los pesimismo enfermizos, la lección de un humanismo relativista. Pero ¿cuál de los distintos tipos de Historia? ¿Al servicio de qué interés, de qué pasión, de qué perjuicio ha de estar ella? “Son los historiadores los guardianes de la memoria colectiva de la humanidad”, ha escrito uno de los más grandes cultivadores de este género en el siglo XX, el holandés Pieter Geyl. “Pero (agrega) hay que admitir que ellos con frecuencia usan (o abusan) su guardianía para contribuir a crear las leyendas con las que reemplazan a la realidad y muchos son los grandes escritores cuya inmediata influencia sobre sus contemporáneos y en los

¹² Lucien Febvre, “Contre les juges suppléants de la vallée de Josaphat”, en *Combats pour l'Histoire*, 109 y 113.

¹³ Sir Maurice Powicke, *Modern Historians and the Study of History* (Londres: Odham Press Limited, 1955), 104.

asuntos del mundo ha sido debida, más que a otra cosa, a los aspectos legendarios o míticos puestos en la presentación de su materia. Pero la crítica nunca sucumbe, el debate sin fin que es la Historia jamás entra en reposo y, por cierto, la tarea de desvanecer la leyenda y de exhibir el mito es la labor que el historiador profesional de nuestros días debe considerar como su contribución especial a la sociedad y a la civilización. Un aporte a favor de la cultura, la claridad de visión, el elevado sentido de la individualidad, el equilibrio y la moderación en el juicio”.¹⁴

El marxismo ha revelado que la política y las ideas, cualquiera que sea la forma concreta que asuman, son únicamente expresiones superficiales de situaciones económicas y sociales más profundas. Define así la posición del pensamiento socialmente vinculado como opuesto en absoluto a la “teoría pura”. Pero a pesar de todo, en contraste con las actitudes “comprometidas”, cabe intentar una visión experimental, incesantemente sensible a la naturaleza dinámica de la sociedad y a su conjunto; y esa tarea corresponde a una capa que no se halla tan claramente identificada con una clase como las que participan de un modo directo en el proceso económico y que Alfredo Weber llamara *freischwebene intelligenz*, la “intelligentsia socialmente desvinculada”. Algunos de los personeros de ella han pretendido ejercer entre los distintos grupos una “mediación dinámica”, según las palabras de Karl Mannheim, para cumplir, a su manera y dentro de inevitables deficiencias humanas, “con la misión de abogados predestinados de los intereses intelectuales del todo” y encender una luz en lo que, sin ellos, acaso sería una noche oscura”.¹⁵ A ello corresponde dentro de su misión científica, vale la pena discutirlo una vez más, dentro de la relatividad, la tarea del historiador que, a solas con su conciencia, se siente como una especie de representante o delegado de sus semejantes, hombres, los de ayer, los de hoy y los de mañana.

¹⁴ Pieter Geyl, *Debates with Historians* (Londres: Collins, The Fontana Library, 1962), 278.

¹⁵ Karl Mannheim, *Ideología y Utopía* (México: Fondo de Cultura Económica, 1941), 136-139.